

Calvino y la Cultura

Por Ken Myers

Una razón por la cual muchos Cristianos tienen dificultades al responder al desafío de entender la cultura es que tienen un entendimiento inadecuado del propósito de la vida. Algunos Cristianos se comportan como si creyeran que la vida es solamente sobre evangelismo, sobre hacer que otras personas entren al cielo, punto.

Puede que olviden que la atracción del cielo es la presencia de Dios, el Dios que creó los cielos y la tierra, quien le asignó al hombre la tarea de cuidar la tierra, y quien es el dador de toda buena dádiva, espiritual y materialmente. Este es el Dios a quien se nos ordena amar con toda nuestra mente, alma, corazón y fuerza, a quien hemos de glorificar en todo lo que hagamos, aún las llenar las necesidades que compartimos con los animales, comer y beber.

El propósito de la vida no es entrar al cielo. El propósito de la vida es glorificar a Dios y disfrutar de Él para siempre, en esta vida *lo mismo que* en la vida por venir.

Con esta perspectiva toda la vida está abierta a las posibilidades de la obediencia. En cada decisión que tomamos, en cada esfera de la experiencia humana, o mejoramos o aminoramos las capacidades de nuestras vidas y las vidas de aquellos que están a nuestro alrededor para glorificar a Dios.

Muchos evangélicos modernos se han retirado a un ghetto cultural. Seguros de que poseen verdades *eternas*, se toman una comodidad petulante en su ignorancia del mundo efímero más allá de las puertas de su iglesia.

Desdichadamente, este supuesto escape del mundo resulta a menudo en una involuntaria conformidad al mundo. La ignorancia de las dinámicas culturales a menudo puede tener la consecuencia no deliberada de capitular ante la mundanalidad.

¿Por qué los Cristianos asumen que la actividad cultural es una pérdida de tiempo, o un desvío neutral? Quizá porque malinterpretan la naturaleza del abismo entre lo divino y lo humano. La actividad cultural es vista como humana (y por lo tanto, inferior, si no es que directamente pecaminosa), mientras que la obra devocional y evangelística participa de lo divino, y es, por lo tanto, digna del compromiso Cristiano.

Esta baja visión de la cultura ignora dos principios Cristianos fundamentales que son poderosamente expresados en la obra de Juan Calvino.

El primer principio es la soberanía de Dios. Calvino recobró y aplicó rigurosamente la enseñanza Bíblica de que Dios es absolutamente soberano no solo en nuestra redención, sino también en la creación. Puesto que la cultura es actividad humana *en* la creación, el gobierno y las normas de Dios no son un asunto de indiferencia. Dios es el Creador y Sustentador de todas las cosas, así que todas las cosas subsisten para Su gloria, y, de alguna manera, revelan Su voluntad.

Robert Knudsen ha resumido la visión de Calvino de esta manera: “Dios no es honrado por la degradación de Su creación, ni Su creación es exaltada al rebajar a Dios. La creación es la expresión de la voluntad del Dios Creador. En su estado original Dios la llamó buena. Él se revela a Sí mismo como activamente interesado en ella. Para glorificar a Dios uno no necesita denigrar la creación; lo único que necesita es llevar a cabo en ella lo que responde a la voluntad del Dios Creador para ella.”

Para Calvino, la soberanía de Dios en la cultura se extendía incluso a los dones creativos otorgados a los no creyentes. Él insistía en que, “si el Señor ha deseado que seamos ayudados en física, dialéctica, matemáticas y otras disciplinas similares, por la obra y ministerio de los impíos, usemos esta ayuda. Pues si descuidamos el don de Dios libremente ofrecido en estas artes, debiésemos sufrir castigo por nuestra pereza.”

El segundo principio establecido por Calvino es el humanismo Cristiano. Aunque Calvino no es igualado por ninguno en cuanto a su enseñanza sobre la auto-negación, él nunca comete el error de confundir la auto-negación con la auto-destrucción.

La cultura puede ser vista como el esfuerzo por establecer las ramificaciones de lo que significa ser humano. Las instituciones culturales son expresiones de nuestro entendimiento de lo que somos. Bíblicamente, somos esencialmente portadores de la imagen de Dios. Nuestras vidas culturales, como extensiones de *nosotros*, son extensiones de esa imagen. Los hombres caídos y las mujeres caídas tienen el hábito de distorsionar su naturaleza esencial y creada, y de comportarse de maneras que son antinaturales. Esta distorsión de la verdadera humanidad no simplemente reside en sus mentes o corazones, ni está limitada a su conducta personal. Los patrones culturales, que proceden de afectos distorsionados, se convierten en expresiones distorsionadas de la humanidad. De este modo el pecado domina las culturas, no porque sean temporales y limitadas, sino porque son las expresiones de la humanidad caída.

La respuesta apropiada de los Cristianos no es odiar la cultura, más de lo que estamos justificados en odiar a nuestros prójimos pecaminosos. Machen resumió a Calvino, con respecto a la cultura, como una actitud de consagración: “En lugar de destruir las artes y las ciencias o ser indiferentes hacia ellas, cultivémoslas con todo el entusiasmo del más humanista, pero al mismo tiempo consagrémoslas al servicio de Dios.”

Ken Myers, quien solía ser editor de artes y letras con la Radio Pública Nacional, es anfitrión del programa Mars Hill Tapes. Puede ser contactado al 1-800-331-6407.